

guir hasta el cabo sin ir de perfeccion en perfeccion hasta el eterno abrazo de Dios, último término de todos nuestros progresos.

Pues bien, este camino, que pudiera muy bien llamarse el gran camino de la humanidad, los santos lo siguen sin desviar ni á derecha ni á izquierda.

¡Ah! ¿no los veis desde aquí á esos jefes del verdadero progreso del mundo, á esos conductores ilustres de la humanidad generosa? ¿No los veis como marchan sin desviar del camino, con los ojos abiertos sobre lo infinito, y el corazón fijo sobre el Eterno? Ellos suben hácia su centro divino; ellos suben, animosos, perseverantes, heróicos. Al rededor de ellos se descarrian hombres y pueblos, y arrastrados léjos del término caen en la pendiente de las decadencias; los santos suben siempre; ellos suben con la cruz á cuevas el camino del Calvario, único que conduce al término, y con la voz de sus ejemplos gritan al subir á las generaciones que los contemplan: « Vamos, hermanos, dadnos la mano; vamos al centro, vamos al término, vamos á Dios, vamos al Progreso. »

Señores, responded al llamamiento de los santos; id, seguid sus pisadas; ellos son vuestros jefes en la carrera por la que quereis andar; vosotros los hallaréis siempre en el camino del verdadero progreso. Aceptad la mano que ellos os tienden; conoced, amad, frecuentad á los santos: tocad con el alma y el corazón á esos hombres, los mas fraternales y los mas progresivos, pues ellos no tocarán á todo lo que es vuestro sino para llevaros consigo, con un vuelo sublime y fuerte como el del águila, hácia la perfeccion á la que se lanzan ellos mismos.

Así lo hacen efectivamente los santos. No solo son en sí mismos hombres del progreso: el movimiento de su vida se comunica á todo lo que los toca; y por lo mismo vienen á ser en la humanidad el grande impulso del mundo moral, los verdaderos conductores del progreso humano.

## II.

Como los santos, á fuerza de mirar su divino ideal, se hacen poco á poco á la semejanza de Jesucristo; así tambien los pueblos cristianos,

á fuerza de sentir sobre sí mismos la influencia de sus ejemplos y el centelleo de su santidad, se hacen á la semejanza de los santos, y suben con ellos hácia una grandeza comun por la imitacion de su comun ideal.

Para haceros medir en toda su extension el vuelo prodigioso que la vida de los santos ha comunicado y comunica todavía al progreso moral de las naciones, sería preciso que pudiera yo mostraros en una misma mirada la accion de la santidad bajo todas sus formas y en todas sus condiciones: pero no pudiendo abrazar los pormenores, me limito á haceros ver la influencia progresiva de la santidad bajo las tres grandes formas que las resumen todas.

Y en primer lugar descubro como el mayor resorte del progreso moral de las naciones cristianas la accion de la santidad *sacerdotal*.

El sacerdocio católico exige, Señores, en todos aquellos que toman sobre sí este cargo tremendo, la perfeccion cristiana en un grado superior, es decir la santidad tal cual la hemos definido en su sentido mas general. La santidad no solamente es para el sacerdote un ornamento, una gloria, una auréola; es una condicion normal de su vida. Él lleva la santidad en su nombre, porque debe llevarla en sí mismo. El carácter, la funcion, el apostolado, el sacrificio y la comunion de todos los dias, todo esto no solo exige sino supone en él la santidad. Si el cristiano vive en lo divino, se mueve en lo divino, respira en lo divino, puesto que vive, se mueve y respira en Jesucristo, ¿qué diré del sacerdote? Él es la representacion oficial de la santidad de Dios entre los hombres; él es el embajador del Dios tres veces santo, que lleva sobre sí un reflejo de la santidad divina, á la manera que un embajador lleva un reflejo del poder y de la majestad real; él es al pié de la letra el hombre de Dios, *homo Dei*, es decir, todo lo mas grande y mas santo que hay en la humanidad despues del hombre; es Dios mismo.

Tal es, Señores, la ley de nuestra vida; yo la proclamo delante de mis hermanos en el sacerdocio, y delante de vosotros mis hermanos en el cristianismo. Esta proclamacion puede humillarnos, pero vosotros teneis derecho de oirla. Si, nuestro sacerdocio real nos da esta vocacion y esta ley: *ser santos*. Vosotros estais tan íntimamente convencidos de ello, que cuando el sacerdote católico no tiene en su frente

nada que anuncie el santo, se os presenta desfigurado; y cuando le falta enteramente la virtud, caído en vuestra opinion mas bajo que el comun de los cristianos, cae tambien en vuestra estima mas bajo que el hombre: él viene á ser un no sé qué, que no tiene nombre en el lenguaje ni rango en la creacion, y por lo mismo ningun lugar en vuestros respetos. A pesar de tantas cosas venerables que vuestra fe descubre todavía en él, parece que él mismo os priva, por lo que toca á él solo, del poder de respetar; y vosotros le cubris de un desprecio que no dejais caer sobre ningun otro sér envilecido. ¡Tan monstruoso aparece el vicio en el sacerdote, y tanta es la conviccion de todos de que la santidad es en el sacerdocio la condicion normal, una ley de su nobleza!

Ahora bien, yo digo que es imposible que llegando á cubrir la tierra una institucion como esta, no imprima á la humanidad un vasto impulso hácia la grandeza moral. Nosotros somos en Francia cuarenta mil sacerdotes: ¿cuántos habrá en todo el mundo católico? Yo lo ignoro, y supongo hay doscientos mil. ¿Querrá decir esto que tenemos doscientos mil santos? No, pero quiere decir que tenemos doscientos mil hombres, obligados en virtud de su profesion no solo á la probidad, á la justicia, á la honestidad, sino tambien á la santidad: doscientos mil que han prestado juramento de no contentarse de ser hombres de bien ni aun cristianos vulgares; doscientos mil hombres, que sobre el altar en que adoran á Jesucristo han jurado destruir el reinado del mal sobre la tierra, y han aceptado la obligacion de combatir todos los vicios y promover todas las virtudes. ¿Dónde hay en todo el mundo una institucion tan directa y poderosamente organizada para el progreso moral de las naciones?

Vosotros decis: Cada sacerdote no realiza este ideal sacerdotal. Teneis razon, y es muy fácil reunir de todos los puntos del espacio y del tiempo prevaricaciones, que parecen ocultar á la vista la santidad sacerdotal: este es un triunfo que se dan la impiedad y la mala fe para escándalo de los pueblos. Pero no consiste en esto la cuestion: que un sacerdote se manche con crímenes, la institucion persevera con su carácter y su vocacion de santidad; y teniendo en consideracion la flaqueza de la naturaleza y la pureza de la institucion, hé aquí lo que debe resultar: de una parte prevaricaciones parciales que hacen

retrogradar algunos hombres, y de otra un gran movimiento general que hace subir la humanidad. Contad de diez y ocho siglos á esta parte todos los sacerdotes fieles á su vocacion dos veces santa: contad todos aquellos que con la oracion, la palabra, la abnegacion, las obras y las instituciones han trabajado y trabajan todavía en el perfeccionamiento moral de las generaciones: no olvideis que este sacerdocio católico tiene para desarrollarse los espacios y los siglos, y que pone en lo mas íntimo del corazon y en el centro mismo de la vida humana el resorte de su accion; y quedaréis pasmados del impulso que la humanidad ha debido recibir hácia su perfeccionamiento moral de la grande é incomparable institucion del sacerdocio católico. Y al medir la extension, la fuerza y la direccion de esta influencia, podréis conocer lo que debe pensarse del progreso que nos prometen los que quieren abrir su marcha sobre las ruinas de la jerarquía católica, y quieren en su delirio regenerar el mundo con la sangre del sacerdocio cristiano.

Paralelamente á esta grande institucion con la que la santidad sacerdotal y jerárquica da un tan grande impulso al mundo moral, se desarrolla otra y trabaja en el seno del cristianismo, ejerciendo una influencia análoga sobre el progreso moral de las naciones cristianas: hablo de la institucion de la vida *religiosa*. La santidad cristiana bajo esta segunda forma toma en el perfeccionamiento moral de la humanidad una parte, que creo digna de que se la señale á la meditacion de este numeroso é inteligente auditorio.

Bajo el impulso generoso que Jesucristo ha dado á la humanidad ofreciéndose á sus miradas, y llamándola con la atraccion de su corazon á imitar su propia perfeccion, se encuentra por todas partes gran número de personas que no pueden contentarse con solo el cumplimiento del deber. Hacer cada uno lo que debe y no hacer mal á nadie, es el ideal mas elevado de la sabiduría humana. Respetar el derecho y cumplir el deber, esto era lo mas alto á que podia uno elevarse segun la filosofia pagana; y si fuera de mi asunto podria mostraros, que ni aun sus doctrinas llegaban siempre á este ideal tan vulgar. Y á la verdad, el cumplimiento universal del simple deber sería ya para un pueblo cierto progreso y cierta perfeccion que no son de desdeñar. Pero para que las masas consintiesen al entero cumplimiento del deber, era muy útil que viesen pasar delante de ellas virtudes decidi-

das á subir mas alto; y al ver la pisadas de esta heroica minoría, debía la mayoría sentirse arrastrada con mas eficacia hácia la via del progreso moral.

Pues bien, Señores, esta es la realidad de nuestra historia cristiana; en todas partes y en todos tiempos se ha hallado sobre las huellas de Jesucristo esta minoría generosa, conmovida por estas palabras : *Si vis perfectus esse*, dispuesta á lanzarse con él en el camino del bien mas allá de los limites del precepto y de las fronteras del deber. Embelesados del Crucificado que tan divinamente les habia seducido comunicándoles la santa pasion del sacrificio, se han encontrado en una misma resolucion hombres de todas clases y de todas condiciones. Ellos han dicho : Lo bueno no es bastante, queremos lo mejor; el deber es muy poca cosa, es preciso el sacrificio. El valor es una cosa vulgar en los soldados de Jesucristo : este divino capitán, al que quiere seguirle le pide el heroismo. Pues bien, nosotros queremos seguirle, y seguirle hasta donde quiera arrastrarnos sobre sus pisadas; y ved ahí que quita de delante de nosotros las barreras del precepto dentro de las cuales se mueve en la esfera del deber el comun de los cristianos, y abriendo ante nuestra ambicion el campo ilimitado de la perfeccion nos grita : Mas léjos, traspasad los limites, y siguiendo las huellas de mis pasos y atraidos por mi corazón, lanzáos hácia ese ideal que os he mostrado, y que no es otra cosa que yo mismo. Y aquellas legiones escogidas responden con voz unánime : Vamos, arrojémonos hácia lo perfecto que nos está llamando; vamos, crezcamos de todas maneras hasta que lleguemos con Jesucristo y en Jesucristo á la plenitud del hombre perfecto. *Crescamus in illo per omnia qui est caput Christus*.

Hé aquí, Señores, el religioso, tal como le muestra el Evangelio, tal como le quiere la Iglesia : él es el hombre de lo que es mas perfecto; él es, segun su nocion misma, un hombre de progreso, un obrero de perfeccion; la tendencia á lo mas perfecto es su tendencia natural; la aspiracion del progreso es la aspiracion de su vida. La perfeccion adquirida no es de la esencia de la vida religiosa, sino que lo es la tendencia á adquirirla. El impulso rápido hácia lo mas perfecto es en tal manera el impulso natural de esta vida, que el religioso no puede perderlo sin abdicarse él mismo. Y á la verdad, esta tendencia pide energía, y no es de extrañar que á algunos los engañe la naturaleza sobre reso-

luciones que fueron heroicas, pero tal es el movimiento de la vida; y cualesquiera que sean las sombras con que algunas flaquezas oscurezcan la historia de los institutos religiosos, hé aquí lo que aparece con toda claridad cuando uno contempla desde un lugar un poco elevado la majestad del conjunto : legiones de hombres y de mujeres, bajo toda clase de vestidos y de banderas, consagrados por su estado á la persecucion de lo mas perfecto, y obligados por su juramento á marchar al progreso, como los soldados á subir al asalto.

Así es que aquel que no quiere ser ciego, aquel que no consiente en que la excepcion destruya para él la regla, y que no permite que el escándalo de algunos prevalezca en su pensamiento sobre las virtudes de millones de hombres, ese tal no puede dejar de ver lo que es brillante como el sol al mediodía, á saber, que la vida religiosa, tal como se ha practicado de muchos siglos á esta parte, ha sido para el mundo una causa grande de aceleracion en el progreso moral. Aun hoy dia, en presencia de vosotros mismos, producen este efecto los institutos religiosos que han conservado su savia. No solo se esfuerza el órden para subir hácia Jesucristo, ideal de perfeccion, sino que en su movimiento progresivo arrastra consigo gran número de almas generosas, imitadoras de lo que hay perfecto en el órden.

No faltan algunos, que en las afinidades fraternales que enlazan ciertas generaciones á las familias religiosas, sospechan arcanos profundos y tal vez misterios de iniquidad. Hé aquí, Señores, todo el misterio : asociacion voluntaria á la humildad, á la abnegacion, á la pobreza, al sacrificio. Y tal es el bello espectáculo que aquí se ofrece á vuestra contemplacion : la órden entera segun su ley tiende hácia Jesucristo, modelo de perfeccion; la tercera órden sigue la órden, y el mundo conmovido por el contacto de una santidad cuyo origen ignora, entra en esta marcha progresiva que todo se lo lleva hácia Dios por Jesucristo Nuestro Señor.

Así pues, de diez y ocho siglos á esta parte el cristianismo ejerce sobre la humanidad una doble accion eminentemente progresiva, la accion de la santidad sacerdotal y la accion de la santidad religiosa.

En medio de estas dos santidades hay una tercera que siempre sale de las otras dos, ó que á lo ménos recibe de ellas un impulso perseverante; y á esta santidad, que en su unidad sublime tiene formas y

variedades indefinidas, la designo yo con una palabra que todo lo abrevia, y la llamo santidad *popular*.

El grande ejército de santos que yo designo con este nombre ¿quién será capaz de contarlos? *Multitudinem quis enarrabit?* ¿quién podrá decir cuántas generaciones de cristianos han pasado y pasan todavía delante de nosotros, entre la santidad sacerdotal y la santidad religiosa, entre el apostolado jerárquico y el apostolado monacal, animadas de una misma vida y marchando á un mismo fin, elevadas y engrandecidas por aquellas dos influencias que no hacen mas que una, para llegar á su perfeccion y adquirir el progreso? El número de santos que en el trascurso de diez y ocho siglos han salido de todas las clases del pueblo cristiano con la ambicion de llegar á ser hombres perfectos, y coger en los combates de la vida la palma gloriosa de la santidad, ¿quién podrá saberlo jamas?

Y sin embargo : ¿qué padron mas interesante en el punto de vista del progreso, que el de estos grandes hombres que dan el movimiento al progreso humano? Vosotros haceis la estadística de todo con un celo y una paciencia que me admiran : vosotros sometéis á los cálculos mas profundos las cosas mas superficiales ; vosotros podeis decir, con una exactitud que desafía toda crítica, lo que cada país, lo que cada provincia produce en un tiempo dado para el bienestar material. Por ventura no nos importa mas saber lo que produce el cristianismo, esa tierra fecunda de todas las grandes cosas, para el engrandecimiento y perfeccionamiento de nuestro bienestar moral? ¿No podriais acaso indagar por medio de un cálculo aproximativo el número de verdaderos santos que en el discurso de cerca de dos mil años produce cada nacion cristiana para el progreso del mundo? Tan estudiosos, tan ardientes, tan infatigables en suputar todo valor producido por la agricultura, el trabajo, la industria, el comercio, ¿nos hallará indiferentes esta apreciacion de la santidad que es el mismo valor humano? ¿Qué locura preferir al hombre y á sus progresos lo que no tiene valor sino con respecto al hombre y á su perfeccionamiento!

A falta pues de cálculos exactos partamos de una hipótesis que sin contradiccion es muy inferior á la realidad. Yo supongo que cada siglo cristiano haya producido por término medio un millon de santos, no de santos canonizados todos en Roma, sino de santos que han rea-

lizado la perfeccion en un grado superior, cuyas virtudes ha conocido Dios, cuya influencia ha sentido la humanidad, algunos de los cuales ha canonizado Roma para tener siempre la imágen de la santidad glorificada y radiante á la vista de los pueblos. Ved pues en los siglos cristianos cerca de veinte millones de hombres, que han llevado en sí mismos la perfeccion humana en proporciones eminentes.

Sentado esto como un hecho que se hace aceptar con su propia evidencia, ¿es posible imaginar que este hecho tan inmenso no haya imprimido al mundo un grandísimo movimiento de ascension moral? ¡Ah! Señores, si tal es á veces el poder de un solo hombre para elevar las almas que han tenido contacto con su alma, ¿quién dirá la impresion que la humanidad cristiana ha recibido del contacto secular de veinte millones de santos? Decidme, ¿habeis tenido alguna vez esta dicha en vuestra vida? ¿habeis encontrado algun dia á un santo? ¿habeis podido contemplar su alma en la luz de su cara? ¿habeis visto de cerca aquella majestad de Dios que ha descendido sobre la frente de un hombre? Si la habeis visto, ¿qué impresion habeis conservado de ella?

Suponed, Señores, que se ha hallado en una ciudad populosa un hombre, cuyas virtudes, desde el lugar en que Dios le habia colocado, han podido lucir como una antorcha sobre las masas con un resplandor puro é inalterable; un hombre, que ha mostrado constantemente en sí mismo una triple representacion de Nuestro Señor Jesucristo, presentando á las almas la verdad que las ilumina, la bondad que las atrae y la santidad que las edifica; un hombre, al que nadie podia acercarse sin que se sintiera elevado hácia cosas mas altas que la tierra, y del cual ninguno se separaba sin que su contacto hubiese dejado en él como una impresion de su Dios; un hombre, que despues de haber renunciado á las grandezas del mundo, ha pasado como su Maestro haciendo bien; y que muere del mismo modo con que ha vivido, consumando todo el bien que ha hecho; un hombre, que despues de haber conmovido y enternecido al pueblo con la uncion de su palabra, los tiene todavía mas conmovidos y enternecidos con la dulzura de su recuerdo; un hombre, que habla en su muerte mas alto que en su vida : *defunctus, adhuc loquitur*; y hasta con su silencio continúa instruyendo, conmoviendo y santificando á todos aquellos que comprenden esta leccion de

su muerte suprema, discurso que el apóstol moribundo hace oír á la tierra; un hombre en fin, de quien ha podido decirse que *el duelo que él deja á aquellos que le han conocido, está mezclado de alegría.*

Pues bien, decidme ahora: ¿pasará ese hombre por entre la humanidad sin dar á todos los que él habrá tocado, un movimiento que eleva y engrandece? ¿qué elevaciones no dará á millares de almas este paso de una alma grande? ¿qué fuertes impulsos hácia el bien no recibirán millares de corazones del contacto de su gran corazón? ¿No tendrá ese hombre su parte en la purificación del pueblo, el perfeccionamiento de los hombres y el progreso de la sociedad?...

Y si esto sucede por la influencia de un hombre que ha pasado, llevando la corona de la santidad adornada del brillo del talento, ¿creeré por ventura que la humanidad ha visto pasar delante de ella al través de sus largos siglos veinte millones de santos sin haberse conmovido y agitado? ¡Ah! lo juro por la verdad, lo juro sobre vuestros corazones y sobre el mio: no, la humanidad no se contradice á tal grado; no, ella no ha visto pasar ante sus ojos veinte millones de veces la perfección elevada á su mas alta potencia y personificada en los santos, sin engrandecerse y perfeccionarse con el contacto de su grandeza y de su perfección. Lo que debia suceder ha sucedido: la grandeza ha producido la grandeza, y el progreso ha producido el progreso.

Por lo tanto, Señores, decid conmigo con el alma y el corazón: ¡Gloria sea dada á los santos; gloria á los iniciadores, gloria á los jefes, gloria á los verdaderos maestros del progreso! Solos los santos levantan la humanidad del fondo de sus corrupciones, y solo ellos despues de haberla levantado la sostienen todavía en medio de sus flaquezas en su legítima altura; solo ellos son, aun en medio de los siglos pervertidos, la sal conservadora que impide el que se corrompan enteramente las masas. Los santos son una viva y perpetua protesta contra los grandes desórdenes que amenazan prevalecer en los pueblos para precipitarlos á su decadencia, y protestan contra todos los vicios con la voz de todas las virtudes. En medio de todos nuestros abatimientos y de nuestras tinieblas tienen alta y radiosa la imagen viva de la perfección humana, y una fracción de la humanidad recibe siempre el generoso ascendiente de sus ejemplos: ellos hacen todo lo que pueden por medio de la palabra, de la acción y de todas sus influencias,

para oponer un dique á ese torrente de la concupiscencia que tiende incesantemente á desbordar en las naciones: si no pueden detenerlo del todo, permanecen en pié en medio de sus olas; y cuando la sociedad, abandonándose á su corriente borrascosa, está en próximo peligro de caer en los abismos; cuando el triunfo de los malvados los echa del foro, de los templos y de las plazas públicas, y cuando el clamor de los pueblos hace callar su fuerte voz, los santos están todavía allí para hacer oír la última palabra de salvación, hasta en el silencio de sus virtudes.

¡Ah! si esto es así, ¡Dios mio, enviádnos santos! Nuestro mundo que bambolea, torcido como es, amenaza caer á grandes abismos: él quisiera enderezarse, y busca manos que lo cojan con suavidad, pero con fuerza, para conducirlo otra vez hácia las alturas. ¡Dios mio! enviádnos santos, vengán á combatir nuestro orgullo con su humildad, vengán á combatir nuestro sensualismo con su austeridad, vengán á combatir nuestra codicia con su pobreza, vengán á combatir todos los desórdenes de nuestro siglo con todos los milagros de su santidad, vengán en fin á combatir todas nuestras decadencias con todos sus progresos. ¡Dios mio, enviádnos santos! haced que se efectue en medio de nosotros una nueva explosión de santidad, que nos vengán los santos numerosos, grandes, heróicos, y mediante su influencia reparadora nos vuelvan de la ruina á la restauración, y de la decadencia al progreso.